



Clase N° 2

La presente clase ha sido elaborada por Hernán Ouviaña exclusivamente para ser dictada en el Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED), en la Clase 2: “El joven Gramsci y el desafío de la renovación del marxismo, Primera parte” del curso: “Teoría y praxis en el pensamiento de Antonio Gramsci: sus aportes para analizar la realidad latinoamericana.”, Marzo 2010.

Av. Corrientes 1543 (C1042AAB),
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Informes: (54-11) 5077-8024
academica-pled@centrocultural.coop

Cómo citar:

Ouviaña, Hernan: “El joven Gramsci y el desafío de la renovación del marxismo. Primera parte” [CLASE], en el curso: “Teoría y praxis en el pensamiento de Antonio Gramsci: sus aportes para analizar la realidad latinoamericana”. (Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires, Marzo 2010).

El joven Gramsci y el desafío de la renovación del marxismo

Primera parte

Hernán Ouviaña

Hola a todos y todas. Luego de haber planteado en nuestro primer encuentro una reseña introductoria, así como algunos posibles abordajes de lectura de la vida y obra de Antonio Gramsci, en esta segunda Clase intentaremos adentrarnos en el

análisis de sus primeros artículos periodísticos, así como de las iniciativas que intentará desplegar como militante socialista entre 1916 y 1918 en Turín. Este temprano momento intelectual y político ha sido en general descuidado por buena parte de los estudiosos de la obra gramsciana, a pesar de que constituye un eslabón fundamental para entender tanto su posterior derrotero revolucionario, como ciertos ejes y problemáticas (tales como la centralidad de la disputa cultural y educativa en la lucha socialista, o su concepción anti-determinista del devenir histórico) que serán desarrollados y complejizados durante su etapa carcelaria.

Intentaremos entonces dar cuenta de ciertos aportes teóricos que si bien no están exentos de elementos contradictorios, constituyen un material sumamente sugestivos para repensar y enriquecer el corpus marxiano hoy. Haremos alusión a una serie de artículos de prensa e intercambios epistolares generados por el joven Gramsci con el propósito de incidir en los acontecimientos que se desenvolvían frente a sus ojos con tanto dramatismo. Teniendo en cuenta su copiosa producción periodística (a modo de ejemplo, en 1916 escribirá casi una nota diaria), hemos realizado una selección de los que consideramos resultan más interesantes para el debate colectivo, e incluso les ofrecemos por primera vez una versión en castellano de algunos de ellos. La intención es mostrar cómo estos años implican para Gramsci un aprendizaje intelectual y político que lo marcará a fuego, permitiéndole sentar las bases para la renovación del marxismo desde una perspectiva crítica, aunque sin desestimar la necesidad de postular alternativas prácticas frente a la profunda crisis que se abre con la guerra imperialista y el ascenso de la lucha de clases a partir de 1917.

La temprana crítica al marxismo determinista

Habíamos expresado en la primera Clase, siguiendo a Lucien Goldmann, que “*la historia del problema es el problema de la historia, y viceversa*”. No es posible, por tanto, entender el rol que Gramsci le asigna en su juventud a la voluntad y al factor

subjetivo en la transformación social, sin analizar el particular contexto en el cual se inscriben sus primeras reflexiones teóricas. A comienzos de siglo, la *Segunda Internacional*¹ estaba hegemonizada por los argumentos positivistas de Karl Kautsky y Eduard Bernstein, quienes pretendían realizar un paralelismo entre la teoría darwiniana de las especies y el “materialismo histórico” esbozado por el viejo Engels en sus últimos años de vida, postulando que la posibilidad de un quiebre revolucionario dependía de la evolución y el desarrollo casi exclusivo de las fuerzas productivas, lo cual redundaba en una pasividad extrema en términos políticos, en la medida en que la crisis se asociaba a una especie de colapso económico que ineluctablemente se generaría como consecuencia de las contradicciones inherentes a la sociedad capitalista. Sin duda este derrotismo respondía, entre otros factores, a la relativa estabilización capitalista que sobrevino luego de la cruenta derrota de la Comuna de París en 1871. La *belle époque* y el expansionismo imperialista significaron, para muchos marxistas, una refutación de las (malentendidas) tesis de Marx acerca de la inevitabilidad de la crisis y la creciente pauperización de la clase obrera.

En aquel entonces, el Partido Socialista Italiano (creado en 1892) se encontraba imbuido en esta corriente, entendiendo el cambio revolucionario como un acontecimiento supeditado enteramente a los avatares de la estructura económica. Así, Filippo Turati, miembro fundador y uno de los máximos referentes de la corriente reformista, expresaba sin tapujos que “Marx es precisamente el Darwin de la ciencia social. Podría pensarse que la suya es la doctrina de la transformación de las especies históricas anexadas al transformismo biológico de los darwinistas”². De manera análoga, Karl Kautsky caracterizaba a la socialdemocracia como un partido que bajo ningún concepto *hace* revoluciones. Esta postura era compartida por casi la totalidad de los miembros de la organización, por lo que la “ruptura” entre la

¹ Fundada en 1889 por partidos socialdemócratas y laboristas, intentó darle continuidad al proyecto inicial encarnado en la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864-1872).

² Algunos de los títulos de los libros redactados por los restantes intelectuales italianos de la época hablan por sí solos: *Socialismo y ciencia positiva: Darwin-Spencer-Marx*, de Enrico Ferri, así como *Carlos Darwin y la economía*, de Achille Loria.

elaboración teórica y la acción política disruptiva, que de acuerdo a Perry Anderson será el rasgo distintivo del marxismo occidental³, quizás puede rastrearse ya en los líderes de la *Segunda Internacional*. “Sabemos -dirá el dirigente alemán- que no se pueden crear a voluntad las situaciones históricas y que de acuerdo con ellas es menester elaborar nuestra táctica”. Bajo esta perspectiva, el cambio social, lejos de ser un proceso colectivo y de construcción humana consciente, acontecía a espaldas de las masas, siendo el verdadero agente revolucionario, por ejemplo, “la maquina de vapor”. Una frase, por demás elocuente, sintetizaba por aquel entonces este quiebre: “No somos partidarios de la legalidad a cualquier precio *ni revolucionarios a toda costa*”.

Como vimos, ni bien arriba a Torino en 1911, el joven Gramsci se apasiona por el estudio de la lingüística, que dejará trunco en abril de 1915, cuando se presente al último examen de su inconclusa carrera. Es en este contexto en el cual tomará contacto en el ámbito universitario con el movimiento cultural idealista, fuertemente anti-positivista. De Giovanni Gentile y Benedetto Croce, sus máximos referentes, recuperará el rol del elemento liberador, así como el papel de la *voluntad* y la cultura para lograr la emancipación, con el objetivo de fortalecer un planteo crítico con respecto al economicismo vulgar y al fetichismo empirista de los hechos⁴. Nelson Coutinho dirá que los dos rasgos específicos del marxismo de Gramsci en esta etapa eran su fuerte anti-positivismo y un voluntarismo que si bien hacía foco en la necesidad de no perder jamás la iniciativa política, intentaba distanciarse del maximalismo vacío que caía en la eterna espera del “gran día” del asalto al cielo.

³ *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Editorial Siglo XXI, México, 1976.

⁴ El propio Gramsci reconocerá posteriormente, en una de las tantas notas autobiográficas de sus *Cuadernos de la Cárcel*, que por aquel entonces era “tendencialmente más bien croceano”. La pareja Croce-Gentile, antes de la guerra, constituía según él “un gran centro de vida intelectual nacional”. Podría pensarse que esta influencia primigenia resultó una notable limitación para la formación marxista del joven sardo. Sin embargo, como él mismo se encarga de aclarar, participaba “en todo o en parte en el movimiento de reforma moral e intelectual promovido en Italia por Benedetto Croce, cuyo primer punto era éste, que el hombre moderno puede y debe vivir sin religión”, salvo la de la libertad. También Lukacs admitirá, en una entrevista posterior, no arrepentirse “en absoluto de haber tenido como primeros maestros en sociología a Simmel y Max Weber en lugar de a Kautsky”. El “croceanismo” de Gramsci irá siendo superado en el curso del *bienio rojo*, del mismo modo que el autor de *Historia y conciencia de clase* dejará atrás su “fichteismo” tras la revolución húngara de los consejos.

A contrapelo de esta postura, el determinismo era por tanto la concepción oficial del PSI, en consonancia con los planteos de Kaustky y Bernstein. La revolución, según ellos, estaba condicionada por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, entendiendo a la crisis en un sentido catastrofista. Esto generaba una expectativa inmovilista y una pasividad extrema en las filas del movimiento. Así, Gramsci será al decir de André Tossel *el filósofo de la vida y de la rebelión contra el dato*, entendiendo que “el comunismo crítico no tiene nada en común con el positivismo filosófico; la metafísica y la mística de la Evolución y de la Naturaleza”. De ahí que, adscribiendo a ciertas postulaciones de Bergson y Sorel, propugne la sustitución de la rígida ley natural por la voluntad colectiva como motor del devenir histórico.

La Ciudad Futura

En consonancia con este intento de generar un tajante distanciamiento con respecto a esta concepción tan esquemática al interior del PSI, a pedido de los compañeros de la Federación Juvenil Socialista del Piamonte que se encontraban realizando una campaña de reclutamiento, Gramsci editará el 11 de febrero de 1917 el número único de la revista *La Città Futura*, donde dejará traslucir el enorme influjo que en aquel entonces tenía en él la corriente cultural neo-idealista, que operará como antídoto frente al positivismo hegemónico en el partido. Con la excepción de algunos fragmentos selectos de Benedetto Croce (a quien llega a definir en aquel entonces como “el más grande pensador de Europa”), Armando Carlini y Gaetano Salvemini, prácticamente la totalidad de los artículos que se publican en este opúsculo de cuatro páginas son de su autoría, y entre ellos se destacan “Tres principios, tres órdenes”, “Indiferentes” y “Márgenes”. En este último en particular, despunta su furibundo antideterminismo: “a las leyes naturales, al devenir fatal de las cosas de los pseudo-sabios, las ha sustituido la voluntad tenaz del hombre”, anunciará, para finalmente aseverar que la necesidad más sentida en la masa socialista es “acelerar el porvenir”. En otro de sus incisivos textos no dudará en afirmar que se

siente olor a novedad en el aire. Sin saberlo, faltaban días para que en territorio ruso la realidad diera un vuelco decisivo. Y aunque lamentablemente no prospera, este proyecto intelectual que aúna “empuje y reflexión” resultará ser un estímulo para el pensamiento y la acción de la juventud más activa de Turín, que poco a poco confluirá en la corriente maximalista, teniendo como acicate de la transformación revolucionaria la iniciativa constante de los de abajo.

La lectura de la revolución rusa como producto de la voluntad colectiva y la impugnación del “jacobinismo”

El artículo “Notas sobre la revolución rusa”, publicado por Gramsci en el periódico *Il Grido del Popolo* a finales de abril de 1917, constituye el primer escrito en el cual realiza una apreciación respecto de la insurrección de febrero que terminó con la autocracia zarista e hizo emerger una situación, por definición transitoria, de dualidad de poderes. En él se pregunta si basta que una revolución haya sido hecha por proletarios para que se la caracterice como “proletaria”. Responde que no, argumentando que también la guerra es hecha por trabajadores y sin embargo no puede ser definida en esos términos. Para que así sea, dirá, es preciso que intervengan a su vez otros factores, de carácter moral. La revolución había creado en Rusia “una nueva forma de ser”, instaurando la libertad del espíritu además de la corporal. Y en última instancia, es esto lo que le permite expresar que los sucesos vividos en Oriente anuncian “el advenimiento de un nuevo orden”.

No hay, por lo tanto, una identificación entre esta revolución y la francesa: los socialistas, de acuerdo a Gramsci, *han ignorado el jacobinismo* (fenómeno puramente burgués), sustituyendo el autoritarismo por la libertad. Subyace aquí una equiparación del jacobinismo con la experiencia abierta en 1789 en París, así como una vocación por desmarcar la revolución popular iniciada en Rusia con aquella lógica fanática y sectaria, alejada de las masas. Además, en el proceso vivido en Francia “la burguesía no tenía un programa universal; servía intereses particulares,

los de su clase y los seguía con la mentalidad cerrada y mezquina de cuantos siguen fines particulares. El hecho violento de las revoluciones burguesas es doblemente violento: destruye el viejo orden, impone el nuevo”. Si bien no podemos extendernos en este punto, es interesante hacer notar que este fragmento puede ser leído como una primera anticipación, si bien embrionaria, de la noción de *hegemonía* entendida como aquel proyecto ético-político en el cual una clase se despoja de sus intereses corporativos y construye a través del consenso un liderazgo de carácter nacional.

El planteo de Gramsci, además, se acerca profundamente al del viejo Engels, quien desde Inglaterra realizó en sus últimos escritos una implacable crítica al jacobinismo como deformación autoritaria y profundamente elitista de la organización política de los trabajadores. La superación de esta concepción “putchista” era la base para avanzar en la construcción de una organización de *masas*, profundamente enraizada *con* los sectores subalternos y no ubicada *por encima* de ellos. “La época de las revoluciones por sorpresa -dirá Engels en su conocida “Introducción a la lucha de clases en Francia”, redactada en 1895-, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida (...) Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante”⁵. De manera análoga, Gramsci expresará que “la clase obrera tiene que comprender toda la hermosura y nobleza del ideal por el cual lucha y se sacrifica”.

Asimismo, en consonancia con la posición primigenia de Trotsky de principios de siglo y con las *Tesis de Abril* formuladas por Lenin durante su forzado exilio,

⁵ Si bien el propio Marx llegó a manifestar en *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte* que la revolución “no puede sacar su poesía del pasado, sino del porvenir”, el teórico alemán Karl Korsch ha planteado sugestivamente que uno de los puntos más críticos del marxismo radica en “su adhesión incondicional a las formas políticas de la revolución burguesa”. La ruptura de Gramsci con el jacobinismo remite precisamente a este necesario distanciamiento.

Gramsci postulará ya en julio de 1917, en otro artículo titulado “Los maximalistas rusos”, que el proceso abierto en febrero en Rusia debe proseguir “hasta su completa realización” ya que “la vida es *siempre* revolución”. Los maximalistas, afirmará, constituyen “el aguijón de los perezosos”, en la medida en que “el incendio revolucionario se propaga, quema corazones y cerebros nuevos, hace brazas ardientes de luz nueva, devoradoras de cansancios”. La revolución es así, en sus propias palabras, un *enorme esfuerzo de pensamiento y de acción*, ajeno a las “minorías despóticas”, que él nuevamente identifica con el jacobinismo. Desde ya, el elemento “objetivo” (centralmente la dinámica imperialista y la guerra mundial como catalizadores) no es desestimado por Gramsci a la hora de analizar las posibilidades de que se abra una situación revolucionario en el resto de los países europeos, aunque sí resulta subsumido a este despliegue de la voluntad colectiva que antes mencionábamos.

Pero si el proceso iniciado en febrero en Rusia agudizó estas contradicciones en el plano subjetivo, la insurrección de octubre producirá un mayor impacto aún en el movimiento obrero italiano y en el seno del PSI. Gramsci escribirá entusiasmado una serie de artículos referidos a estos estimulantes acontecimientos, entre los que se destaca “La revolución contra El Capital”, publicado en el *Avanti!* el 24 de noviembre de 1917, y reproducido en *Il Grido del Popolo* a inicios de 1918⁶. En él propugnará no aferrarse a la letra muerta de Marx sino a su pensamiento viviente, tal como lo hicieron los bolcheviques. Así, de acuerdo al joven turinés, el libro *El Capital* se había convertido en la tierra del zar en un texto de devoción de la burguesía, a partir de una lectura mecanicista, enterrando totalmente a la voluntad y la acción consciente como factores constructores de la historia: “Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formara una burguesía, empezara una Era capitalista, se instaurase una civilización de tipo

⁶ Esta fase de efervescencia político-filosófica no es una excepción italiana. La revolución rusa generó un quiebre a nivel europeo y mundial. Producto de ella son, en buena medida, las teorizaciones del Lukács de *Historia y conciencia de clase*, del Korsch de *Marxismo y filosofía*, o del Bloch de *Tomas Muntzer*, por nombrar sólo algunas de las producciones del llamado “marxismo cálido”.

occidental, antes de que el proletariado pudiera siquiera pensar en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución”. El error cometido por los dogmáticos -que como expresará en un texto posterior Gramsci, tienden a convertir a Marx en un *pastor con báculo*- es “pretender que se renovase en Rusia la Historia de Inglaterra”, sin comprender que el factor máximo de la historia no lo constituyen “los hechos económicos en bruto, sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva, y entienden los hechos económicos, los juzgan, y los adaptan a su voluntad hasta que esta se convierte en motor de la economía, en plasmadora de la realidad objetiva”⁷.

Vale la pena destacar, por último, que esta original lectura del proceso insurreccional ruso por parte de Gramsci tiene notables similitudes con la caracterización efectuada por el Marx “tardío”, en su fraternal polémica epistolar con Vera Zasúlich y los populistas rusos integrantes del grupo *Anales de la Patria*. Los últimos escritos redactados por él entre 1977 y 1882 dan cuenta de una ruptura con respecto a las concepciones evolucionistas y unilineales del devenir histórico, que tienden erróneamente a identificar “progreso” con avance de las fuerzas productivas. Lejos de condenar las formas comunales existentes en el campo ruso, el autor de *El Capital* dirá a lo largo de estos textos que su método consiste en estudiar en su especificidad los diferentes medios históricos para luego compararlos entre sí, no en la aplicación de la “clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría

⁷ En otro texto escrito unos meses más tarde, señalará en tono irónico que “la historia no es un calculo matemático: no existe en ella un sistema métrico decimal, una numeración progresiva de cantidades iguales que permita las cuatro operaciones, las ecuaciones y la extracción de raíces. La cantidad (estructura económica) se convierte en ella en cualidad porque se hace instrumento de acción en manos de los hombres, de los hombres, que no valen solo por el peso, la estatura y la energía mecánica desarrollable por los músculos y los nervios, sino que valen especialmente en cuanto son espíritu, en cuanto sufren, comprenden, gozan, quieren o niegan. En una revolución proletaria la incógnita ‘humanidad’ es más oscura que en cualquier otro acontecimiento”. En dicho artículo agrega que “el filisteo no ve salvación al margen de los esquemas preestablecidos; no comprende la historia más que como un organismo natural que atraviesa momentos fijados y previsibles de desarrollo. Si siembras bellota puedes estar segura de que no obtendrás más que un germen de castaño, que crecerá lentamente y únicamente tras cierto número de años dará fruto. Pero la historia no es un castaño ni los hombres son bellotas”. Antonio Gramsci: “Utopía”, en *Antología*, Editorial Siglo XX, Buenos Aires, 1998.

suprahistórica”, por lo que cabe la posibilidad de ese tipo de propiedad común de la tierra pueda “servir de punto de partida a una evolución comunista”, siempre y cuando el triunfo del socialismo en Rusia se complemente con una revolución proletaria en el Occidente”. Los borradores redactados a modo de respuesta para Vera Zasúlich, la carta al periódico populista, así como el Prólogo escrito junto con Engels en 1882 para la reedición del *Manifiesto Comunista* en territorio ruso, dan cuenta de un Marx que concibe como más cercana la revolución en la “atrasada” Rusia que en la “avanzada” Inglaterra⁸. Y si bien varios de estos materiales póstumos no pudieron ser leídos por Gramsci, se evidencia una *afinidad electiva* a la hora de interpretar el devenir histórico en términos más dinámicas y dotando de mayor relevancia al accionar político de las masas en lucha, tal como en los años veinte ocurrirá con José Carlos Mariátegui en Nuestra América.

La crítica de la cultura enciclopedista y el debate en torno a la propuesta de una asociación de cultura socialista

Hemos dicho en la Clase anterior, parafraseando al brasileño Nelson Coutinho, que en la actividad socialista desplegada por Gramsci antes de la revolución de octubre el trabajo *educativo* y *cultural* tiene un lugar de excepcional importancia, entendido como aquel que apunta a preparar las condiciones subjetivas de la praxis revolucionaria. En efecto, retomando ciertas posiciones de Antonio Labriola -quien fuera el primer exponente del comunismo crítico a la vez que un prolífico traductor de algunos de los textos fundamentales de Marx y Engels en Italia- Gramsci le otorga en su juventud una relevancia sustancial a la disputa en estos dos ámbitos de la realidad. De hecho, durante 1916 y 1917 se dedica a dictar conferencias y lecciones en diferentes círculos socialistas del norte del país, sobre temas tan

⁸ Al respecto, pueden consultarse la compilación de textos de Marx y Engels publicada bajo el título de *El porvenir de la comuna rural rusa*, editada en México a instancias de José Aricó, en el marco de los imprescindibles Cuadernos de Pasado y Presente.

diversos como la Comuna de París, el pensamiento de Roman Rolland, la Revolución Francesa y la emancipación de la mujer.

Este tipo de activismo intelectual será complementado con la redacción de una gran cantidad de artículos periodísticos donde pondrá en debate las concepciones predominantes de cultura en la Italia de entreguerra. Así, a comienzos de 1916, en una nota titulada precisamente “Socialismo y Cultura”, confrontará contra las interpretaciones burguesas que conciben a la cultura como “saber enciclopédico en el cual el hombre no se contempla más que bajo la forma de un recipiente que hay que rellenar y apuntalar con datos empíricos, con hechos en bruto e inconexos que él tendrá luego que encasillarse en el cerebro como en las columnas de un diccionario para poder contestar, en cada ocasión, a los estímulos varios del mundo exterior”. A contrapelo de esta forma de cultura que “sólo sirve para producir desorientados, gente que se cree superior al resto de la humanidad porque ha amontonado en la memoria cierta cantidad de datos y fechas que desgrana en cada ocasión para levantar una barrera entre sí mismo y los demás”, propugna la creación de una cultura que, retomando los preceptos filosóficos Novalis y Vico, suponga organización y asunción consciente del hombre como “creación histórica”. Gestar una nueva cultura significa, de acuerdo a él, *renegar de la civilización capitalista* y apostar a la autoformación, en la medida en que “crítica quiere decir cultura, y no ya evolución espontánea y naturalista”.⁹

Esta visión conlleva, tal como nos recuerda Rafael Diaz-Salazar en su interesante libro *El proyecto de Gramsci*, una embrionaria concepción de la organización “muy alejada del jacobinismo, y muy centrada en la autonomía y autodirección de las masas”. Se esbozan en este y otros escritos contemporáneos, además, algunos de los planteos desarrollados luego en los *Cuadernos de la Cárcel*, donde la conquista del poder debe ser consecuencia de una “reforma intelectual y moral” desplegada *ya*

⁹ Gramsci tendrá en los años siguientes una fuerte disputa con Angelo Tasca (representante del ala “reformista” del PSI) sobre qué es la cultura. Para el joven sardo, ella constituía *un modo de pensar y transformar la realidad concreta de la vida cotidiana*, y no algo estático que haya que rememorar en función de un pasado remoto.

desde ahora en el conjunto de la sociedad. Así, el joven Gramsci llega a expresar en el artículo mencionado que “toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de permeación de ideas a través de agregados humanos al principio refractarios y sólo atentos a resolver día a día, hora por hora y para ellos mismos, su problema económico y político”. Para ejemplificar esto, establece una conexión entre la labor subterránea realizada por la Ilustración, gracias a la cual se logró conformar una “conciencia unitaria”, y la revolución iniciada en Francia en 1789: “las bayonetas del ejercito de Napoleón -dirá- encontraron el camino ya allanado por un ejercito invisible de libros, de opúsculos, derramados desde París a partir de la primera mitad del siglo XVIII y que habían preparado a los hombres y las instituciones para la necesaria renovación”. Tal fue el influjo de ese trabajo de topo, que las rebeliones detonadas en buena parte de Europa tras los acontecimientos franceses resultan incomprensibles “si no se conocieran los factores de cultura que contribuyen a crear aquellos estados de ánimo dispuestos a estallar por una causa que se considera común”.

No obstante, esta centralidad de la batalla cultural y educativa en la transformación histórica resulta más acuciante aún en el caso de los trabajadores, quienes según Gramsci no pueden darse el lujo -propio de la clase burguesa- de ser ignorantes. “El privilegio de la ignorancia” es un breve e incisivo artículo periodístico publicado el 13 de octubre de 1917 en *Il Grido del Popolo*, en donde establece una clara distinción: Si la inmensa mayoría de los capitalistas puede prescindir de la formación intelectual, debido a que la sociedad en la cual se solventa su situación de privilegio se encuentra estructurada en modo tal que basta contar con una minoría de científicos y estudiosos para que sus negocios estén garantizados, “para los proletarios es un deber no ser ignorantes”. Por contraste, advierte que la civilización socialista “para realizarse completamente quiere que todos los ciudadanos sepan controlar lo que sus mandatarios de vez en vez deciden y hacen. Si los sabios, si los técnicos, si aquellos que pueden imprimir a la producción y al intercambio una vida más ardiente y rica de posibilidad, son una exigua minoría, no

controlada, por la lógica misma de las cosas, esta minoría devendrá privilegiada, impondrá su dictadura”. Gramsci concluye afirmando que en esta labor colectiva de emancipación ningún trabajador deberá ser absolutamente indispensable: “el problema de educación de los proletarios es un problema de libertad. Los proletarios mismos deben resolverlo”.

Es así como en otro interesante artículo titulado “Por una asociación de cultura”, Gramsci levanta el guante arrojado por el compañero Pellegrino en el diario *Avanti!*, quien había impulsado la propuesta de constituir una organización de cultura a partir de las inquietudes y anhelos de los propios trabajadores. Luego de realizar una crítica furibunda a la experiencia educativa de la Universidad Popular¹⁰, debido a que en tanto establecimiento filantrópico de origen burgués “responde a un criterio vago y confuso de humanitarismo espiritual”, por lo que “tiene la misma eficacia que los institutos de beneficencia”, Gramsci expresa que lo que hace falta es “integrar la actividad política y económica con un órgano de actividad cultural”. En este sentido, el instituto de cultura encarnará, “con el partido y la confederación del trabajo, el tercer órgano del movimiento de reivindicación de la clase trabajadora italiana”. Dicha asociación deberá operar como antídoto frente a las manifestaciones recurrentes de “idolatría” que se generan por parte de la clase trabajadora hacia sus “líderes”, fenómeno que según él constituye un contrasentido en el movimiento socialista, ya que “hace entrar por la ventana el autoritarismo sacado por la puerta”. Asimismo, en ella se discutirá “todo lo que interesa o podrá interesar un día al movimiento proletario”. Despunta sin duda aquí una contundente impugnación a aquellas corrientes políticas que interpretan al proceso revolucionario como un mero trastocamiento de la realidad en el plano económico. “El socialismo es *una visión integral de la vida*: tiene una filosofía, una mística, una moral. La asociación sería la

¹⁰ Fundadas a finales del siglo XIX en Italia a instancias del Partido Socialista y de los sindicatos, eran instituciones educativas a las que podían acceder estudiantes sin distinción de edad, sexo, religión o nacionalidad. Como se encargará de denunciar más tarde en uno de sus Editoriales el periódico *L'Ordine Nuovo*, “los cursos de las universidades populares se reducen a una serie de conferencias, de exposiciones doctas y a veces magistrales, pero separadas unas de las otras, disgregadas, a menudo discordes. El principio unificador es exterior, no es el interés y la necesidad del alumno, sino un programa preestablecido, cuando no simplemente la vanidad de quien enseña”.

sede propia de la discusión de estos problemas, de su clarificación, de su propagación”. El artículo remata aseverando que al fundar esta organización cultural, “los socialistas darán un fiero golpe a la mentalidad dogmática e intolerante creada en el pueblo italiano por la educación católica y jesuita”.

Una semana más tarde, en una nueva e incisiva nota periodística publicada en *Avanti!* como respuesta a un artículo de Mario Guarnieri -quien se había mostrado contrario a la creación de una organización de cultura proletaria-, insistirá con la propuesta y opondrá la solidaridad de clase al espíritu filantrópico propio de las Universidades Populares. De acuerdo a Gramsci, Guarnieri manejaba un concepto de cultura por demás equívoco: “cultura igual a saber un poco de todo, esto es, igual a universidad popular”. Por el contrario, dirá, “yo doy a la cultura este significado: ejercicio de pensamiento, adquisición de ideas generales, habituarse a conectar causas y efectos”. La cuestión cultural emerge por tanto en el joven Gramsci como un problema de *organización* de las energías sociales sobre la base de la autoconciencia proletaria práctica, y no solo en los términos de una confrontación de ideas. De ahí que advierta que “no es la conferencia la que nos debe importar, sino el trabajo minuto a minuto de discusión y de investigación de los problemas, en el cual todos participan, todos contribuyen, en el cual *todos son contemporáneamente maestros y discípulos*”. Respecto de la metodología impulsada, expresará a modo de cierre que “nada es más eficaz pedagógicamente que el ejemplo activo a revelar a los otros las necesidades, a hacerle sentir punzantemente”.

La experiencia educativa del Club de Vida Moral

Aunque esta propuesta de la asociación de cultura -tan debatida en *Avanti!*- finalmente no podrá concretarse, atento a esta acuciante necesidad, y con el objetivo de gestar una alternativa *práctica* al purismo discursivo del Partido Socialista Italiano, durante ese mismo mes de diciembre de 1917 Gramsci decidirá fundar, junto con un grupo de jóvenes compañeros autodidactas, un *Club de vida moral* que

fomente la creación de una cultura diferente, sobre la base de una innovadora propuesta educativa de mutuo autoaprendizaje. Este planteo ratifica la necesidad ya mencionada de construir las organizaciones de “nuevo tipo” *aún antes* de la conquista del poder, que posibiliten en un sentido amplio la autonomía espiritual de los trabajadores. En palabras del historiador turinés Angelo D’Orsi, esta breve y primer experiencia impulsada por Gramsci resulta “una pequeña pero estimulante tentativa de dar vida a una ‘escuela’ diferente, radicalmente alternativa a la oficial”. A pesar de no ser muy conocida, vale la pena reseñarla porque en ella se dejan traslucir ciertas posiciones pedagógico-políticas que luego serán desarrolladas durante su etapa carcelaria.

En base a lo que podríamos llamar una concepción *prefigurativa* de la práctica educativa, Gramsci advierte en una carta enviada al pedagogo Lombardo Radice a los efectos de anoticiarlo de la existencia del *Club*, que “no basta con la proclamación verbal de los principios y de las máximas morales que, necesariamente deberán instaurarse con el advenimiento de la civilización socialista. Buscamos organizar esa proclamación: dar ejemplos nuevos (para Italia) de asociacionismo”. La dinámica desplegada en él, con claras reminiscencias a la mayéutica socrática¹¹, apuntaba a romper con la lógica pasiva de la mera memorización, predominante en las instituciones educativas tradicionales, cultivando la capacidad crítica y el pensamiento autónomo de sus miembros. De acuerdo a Gramsci, enseñar no equivalía a “transferir” conocimiento, sino que implicaba construir -sobre la base de una “comunidad intelectual y moral”- las posibilidades para que de manera dialógica y sin perder rigurosidad, se pudiesen fortalecer relaciones pedagógicas que estimulasen la elevación cultural a través de la lectura y el debate colectivo, casi siempre al aire libre. Como relatará tiempo después en la biografía de Giuseppe Fiori uno de los integrantes del *Club* (que en

¹¹ De origen médico, el término mayéutica es retomado por Sócrates para postular un nuevo método de conocimiento basado en el diálogo entre el maestro y el estudiante. Su punto de partida radica en rechazar la idea de que el educando opera como “recipiente vacío” que el educador debe llenar. Antes bien, éste ayuda al estudiante a conocer la verdad que él tiene, a través de un proceso de autoaprendizaje que lo concibe como protagonista.

aquel entonces no superaba los diecisiete años): “nuestra ignorancia era proporcional a la edad y la presunción a la edad y a la ignorancia. Pero Gramsci no se impacientaba; nunca adoptaba la actitud del teórico depositario de toda la sabiduría; le gustaba recoger las ideas de los demás y escuchaba de buena gana”. Se trasluce aquí un precepto que décadas más tarde será un eje directriz de la educación popular en Nuestra América: el vínculo de reciprocidad entre maestro y estudiante, entendido siempre como bilateralidad y aprendizaje mutuo.

Si bien el *Club de vida moral* tiene escasa repercusión en los ámbitos socialistas, y se ve obligado a desmembrarse en marzo de 1918 producto de que sus integrantes son convocados al frente como consecuencia de la intervención de Italia en la guerra, esta primera experiencia de autoeducación dejará una enorme marca en la formación cultural y política del joven Gramsci. Pero como veremos en la próxima Clase, será especialmente la revolución rusa y en particular la creciente efervescencia obrera en Turín la que lo obligará a postular un proyecto pedagógico-político integral, que lejos de acotarse a la crítica de las instituciones educativas clásicas, demande simultáneamente el esfuerzo de formular una propuesta alternativa que tenga encarnadura real en la vida cotidiana de las masas trabajadoras y *anticipe en el hoy* los gérmenes de la sociedad futura.

Ser pedagógico no equivale a vulgarizar

No obstante, este tipo de propuestas de autoformación educativa distaban de caer en una concepción populista y vulgar del *rapport pedagógico*, para utilizar la expresión de la conocida nota carcelaria referida a la relación entablada tanto entre docentes y estudiantes como entre intelectuales y masas. Al respecto, es interesante rescatar la polémica expresada por Gramsci en un artículo escrito en mayo de 1918 y titulado “Cultura y lucha de clases”. Allí arremete contra aquellos que -como Camilo Pamprolini, director del periódico *La Giustizia*- acusándolo de utilizar en sus notas un lenguaje incomprensible para los trabajadores, en realidad pretenden

mantener en una situación de sumisión a los explotados, perpetuando así una *escisión* tajante entre intelectuales y masas. “¿Habríamos podido escribirlo de otro modo?”, se interroga con un dejo de sarcasmo Gramsci, aludiendo a uno de sus escritos periodísticos que al decir de Pamprolini denotaba cierta complejidad en su lectura. A lo cual alega: “Para ser *fáciles* habríamos tenido que desnaturalizar y empobrecer una discusión que se refería a conceptos de la mayor importancia, a la sustancia más íntima y preciosa de nuestro espíritu. Hacer eso no es ser fáciles: es ser tramposos, como el tabernero que vende agua teñida dándola por barolo o lambrusco. Un concepto difícil en sí mismo no puede dar en fácil por la expresión sin convertirse en torpe caricatura. Y, por lo demás, fingir que la aguada torpeza sigue siendo el concepto es propio de bajos demagogos, de tramposos de la lógica y de la propaganda”. Aquí podemos vislumbrar por primera vez ciertos argumentos que luego serán profundizados en sus *Cuadernos de la Cárcel*, entre los que se destaca la crítica a la práctica de instituciones como la Iglesia, que mantienen y agudizan la situación de separación existente entre los llamados “simples” y los “especialistas”, sin realizar ningún esfuerzo por sacarlos de su condición subalterna.

De ahí que a pesar de esta furibunda crítica a los planteos de vulgarización de las notas periodísticas, no deja de reconocer la necesidad de realizar un ejercicio de *traducción* a la hora de editar materiales para los sectores populares, aunque sin subestimarlos un mínimo: “Los semanarios socialistas se adaptan al nivel medio de las capas regionales a las que se dirigen; el tono de los escritos y de la propaganda tiene que ser siempre, sin embargo, un tantito superior a esa media, para que haya un estímulo para el progreso intelectual, para que al menos cierto número de trabajadores salga de la genérica indistinción de los opúsculos reiteradamente rumiados y consolide el espíritu en una superior visión crítica de la historia y del mundo en el que vive y lucha.”. Por eso, en otro párrafo del artículo demuestra una vez más su confianza en los espacios autónomos de educación socialista, gestados por los propios obreros, afirmando que “el proletariado es menos complicado de lo que puede parecer. Se formula una jerarquía espiritual e intelectual

espontáneamente, y la educación intercambiable opera allí donde no puede llegar la actividad de los escritores y de los propagandistas. En los círculos, en los encuentros, en las conversaciones frente a los talleres se analiza y se propaga, tornada dúctil y plástica a todos los cerebros, a todas la culturas, la palabra de la crítica socialista”.

¿Es posible prefigurar en el hoy la educación futura?

En esta última parte, nos parecía interesante recuperar de forma sucinta y a modo de cierre la polémica entablada por Antonio Gramsci alrededor del artículo “Primero libres”, escrito por el redactor del *Avanti!* Alfonso Leonetti, y publicado en *Il Grido del Popolo* el 31 de agosto de 1918. En particular porque en ella se pone en evidencia una de las mayores aficiones de Gramsci: la necesidad de anticipar en el hoy, a través del despliegue de una conjunción de prácticas de nuevo tipo, los gérmenes o embriones de la sociedad por la cual se lucha.

Desde una perspectiva intransigente, este joven que había sido años atrás colaborador de Amadeo Bordiga en el periódico *Socialista* de Nápoles, impugna la posibilidad -insinuada por Gramsci en las notas antes mencionadas- de “educar, a través de una obra cultural e ideológica, al proletariado en las condiciones existentes”. La estrategia correcta, según su caracterización de la revolución, consistía en instigar a la *acción directa e inmediata en pos de la conquista del poder*, debido a que la nueva forma de consciencia de la cual el proletariado es portador no podrá desarrollarse sino cuando éstos sean “libres” a raíz de haber instaurado su dictadura de clase. “Sin duda se cae en el más mezquino reformismo -dirá- si del socialismo nosotros hiciéramos un problema de cultura y de educación. Esperar que la transformación de la sociedad se cumpla sobre los bancos de la escuela manteniendo el orden social presente sería como esperar ver salir el sol con la cabeza en el saco”. Como sabemos, Gramsci era en ese entonces el director de *Il Grido del Popolo*, por lo que si bien acuerda en incorporar el artículo

“anticulturalista” de Leonetti en el periódico, lo publica a continuación de un texto que expresa una perspectiva opuesta: “¡Libera tu voluntad!”, redactado por Attilio Carena, un joven que ha formado parte de la intensa experiencia del *Club de vida moral* y deja entrever en su nota un profundo influjo gramsciano. A su vez, acompaña al artículo de Leonetti con una aguda apostilla de su autoría, en la cual cuestiona su posición. Como varios de los artículos mencionados en esta Clase, hemos realizado una traducción al castellano de esta breve intervención de Gramsci, y la hemos incorporado como parte de la Bibliografía sugerida.

En ella, tras manifestar que el planteo expresado en el artículo de Leonetti resulta extraño a las tesis que *Il Grido del popolo* siempre ha sostenido, Gramsci acusa al joven socialista de tener una concepción abstracta de la organización, ya que a lo largo de su argumentación no da cuenta de que ésta “es, al fin de cuentas, un modo de ser que determina una forma de consciencia; aquella forma de consciencia que Leonetti supone que no podrá desarrollarse hasta tanto seamos ‘libres’, hasta tanto hayamos conquistado los poderes del Estado e instaurado la dictadura del proletariado”. El problema estriba en que Leonetti “habla de ‘nosotros’ y de ‘pueblo’, como de dos entidades escindidas: nosotros (quien sino), partido de acción; el pueblo, grey de ciegos y de ignorantes. Y entiende partido de acción cómo lo entendían los carbonarios del ’48, no cómo es actualmente, cómo lo forma la lucha política moderna, llena de publicidad, de la que participan innumerables multitudes y no un faccioso grupo de choque de cuatro conjurados con cuatro policías”. Despuntan nuevamente aquí una crítica mordaz al jacobinismo, encarnado en las asociaciones clandestinas que pululaban en el contexto de la revolución de 1848 por buena parte de Europa.

Por ello, en la acusación de Gramsci hacia Leonetti subyace además una polémica alrededor del tipo de organización que deben cimentar los sectores subalternos: no una reducida secta de “iluminados”, sino una instancia de síntesis “llena de publicidad”. Así, en su contradictorio derrotero que va de la relación de dominio y

subordinación a la plena emancipación, la clase trabajadora debe tener como acicate constante la edificación, *desde el inicio mismo* de su lucha, de formas de articulación que prefiguren el horizonte socialista anhelado. Desde esta perspectiva, el fin a alcanzar debería estar, al menos tendencialmente, contenido en los propios medios de construcción, de forma tal que éstos contendrían en su seno, en potencia, los objetivos perseguidos. Lo que sugiere Gramsci es que tanto el ejercicio de la democracia y la toma de decisiones colectiva, como la rotación de tareas y la creciente socialización e intercambio de saberes, deben ser parte de la vivencia cotidiana de todo militante que integre una organización revolucionaria.

Con claras resonancias luxemburguistas, aparece aquí también la centralidad de la *organización* como “unidad” no solamente de cuerpos físicos, sino también en tanto comunión de espíritu y colaboración de pensamientos, sobre la base de la “educación recíproca” y la autodeterminación colectiva que hace posible *la recomposición política de la clase* y prefigura tanto en forma como en contenido vínculos de “nuevo tipo”. A esto alude precisamente el propio Gramsci cuando en otro párrafo de su apostilla afirma que el movimiento socialista se desarrolla de tal manera que los individuos que lo integran “cuentan con diferentes grados de preparación para la convivencia social en el futuro régimen”. Y entre las tareas presentes que en el día a día son necesarias para dotar de creciente autonomía a la clase trabajadora *vis a vis* los sectores dominantes, se encuentra sin duda la educativa: “La educación, la cultura, la organización surgida del saber y de la experiencia, es la independencia de las masas respecto de los intelectuales. La fase más inteligente de la lucha contra el despotismo de los intelectuales de carrera y de las competencias por derecho divino, está formada por la acción para intensificar la cultura, para profundizar la conciencia. Y *esta obra no se puede dejar para mañana*, para cuando seamos políticamente libres. Es en sí misma libertad, en sí misma estímulo para la acción y condición de la acción”. Solo mediante esta ardua batalla cultural que *debe comenzar hoy*, podrán las clases dominadas desarticular su condición subalterna que las compele a una situación de disgregación y constante

dependencia respecto de lo más tarde se conocerá como “hegemonía ideológica” de los grupos dominantes.

Hasta aquí nuestra exposición de los tempranos planteos de Gramsci entre 1916 y 1918. Las próxima Clase abordaremos la experiencia del llamado “bienio rojo” (1919 y 1920) que dio lugar a la conformación de los consejos de fábrica, y que tuvo al periódico *L’Ordine Nuovo* como una instancia privilegiada de producción cultural y política cuyo horizonte era la conquista de la autonomía plena de la clase trabajadora. Esperamos que los textos sugeridos como bibliografía para esta Clase puedan permitirles complementar esta introducción general a los primeros años de reflexión y acción política del joven Gramsci en la convulsionada ciudad de Turín. Quizás resta decir a modo de síntesis que éstos años de ascenso de masas, así como los próximos que analizaremos, están signados por un férreo “optimismo de la voluntad”, que recién a partir de la segunda mitad de la década de veinte, y en particular durante su forzado encierro, Gramsci matizará con el necesario “pesimismo de la inteligencia”.

©De los autores

Todos los derechos reservados.

Esta publicación puede ser reproducida gráficamente hasta 1.000 palabras, citando la fuente. No puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopiadora o cualquier otro, sin permiso previo escrito de la editorial y/o autor, autores, derechohabientes, según el caso.

Edición electrónica para Campus Virtual CCC: **PABLO BALCEDO / MARIANO TRAVELLA**